



Un médico rural
y otros relatos pequeños



Franz Kafka

Versión castellana a cargo de
Pablo Grosschmid



IMPEDIMENTA



KURT WOLFF VERLAG / MÜNCHEN



Das neue Buch von Franz Kafka
EIN LANDARZT

Kleine Erzählungen von
FRANZ KAFKA

192 Seiten Groß-Oktav in besonders vornehmer Ausstattung

Preis geheftet M. 12.—, Halbleder M. 40.—

Ab 1. Dezember kein Verlags-Teuerungszuschlag

Aus dem ersten Urteil:
„Diese Aufzeichnungen traumhafter Begebenheiten sind der selten geglückte Versuch deutscher Literatur, abstraktestes Geschehen konkretest zu sagen. — Stilproben, in denen kein Wort entfallen, keines hinzugesetzt werden dürfte, wenn nicht der Bau zusammenstürzen soll, von allen Ismen freigebiebene, peinlich saubere deutsche Prosa: das äußere Gewand. Gebändigte Phantasie, dahinter tausendfache Bedeutung, die man nur ahnen darf: der sogenannte „Inhalt“. Beides zusammen ergibt als Wirkung Herzklopfen, atemloses Interesse und, als Wertvollstes, bei jenen Lesern Nachdenklichkeit, auf deren Kreis allein es einem Dichter ankommen kann, der Sätze niederschreibt, wie solche, die sich, ein wundervolles Bild auch rein äußerlich, über ganze Seiten des neuen Buches ranken. Man merke es sich, noch einmal sei es genannt: Franz Kafka
„Ein Landarzt“ (bei Kurt Wolff).“
Prager Tagblatt.



Hauptauslieferungslager bei F. Volckmar in Leipzig

Un médico rural

UN MÉDICO RURAL

Estaba muy angustiado. Tenía que emprender un viaje urgente. Un enfermo grave me esperaba en un pueblo a diez millas de distancia. La fuerte tormenta de nieve ocupaba todo el espacio que me separaba de él. Yo tenía un cochecito, de grandes ruedas, justo lo más adecuado para nuestros caminos. Envuelto en el abrigo de pieles, con el maletín en la mano, me encontraba en el patio, listo para marchar; pero el caballo... no tenía caballo. Mi caballo había muerto la noche anterior, los esfuerzos de este helado invierno lo habían agotado. Mi sirvienta recorría el pueblo para conseguir un caballo prestado; pero era inútil, yo lo sabía. Y seguía allí, sin sentido alguno, cada vez más inmóvil, cada vez más cubierto por la nieve. La muchacha apareció en la puerta, sola, balanceando el farol. Estaba

claro, nadie prestaría ahora su caballo para semejante viaje. Atravesé otra vez el patio. No hallaba ninguna solución. Distraído y atormentado, di una patada a la desvencijada puerta de la porqueriza, que no se usaba desde hacía años. La puerta se abrió y siguió oscilando sobre las bisagras. Sentí el calor y el olor de caballos. Una turbia linterna de cuadra se bamboleaba de una cuerda. Vi el rostro franco de ojos azules de un hombre acurrucado bajo el cobertizo.

—¿Los engancho? —preguntó, arrastrándose a cuatro patas.

No supe qué decir, y solo me agaché para ver qué había dentro del establo. La sirvienta estaba a mi lado.

—Uno nunca sabe lo que se tiene en su propia casa —dijo la muchacha, y los dos nos reímos.

—¡Hola, hermano, hola, hermana! —gritó el mozo de cuadra, y salieron uno tras otro dos caballos, dos fuertes animales de vigorosos flancos, con las patas apretadas contra el cuerpo y sus armoniosas cabezas agachadas como si fueran camellos, empujándose el cuerpo por el hueco de la puerta que llenaban por completo. Pero enseguida se irguieron sobre sus largas patas, con el cuerpo despidiendo un espeso vaho.

—Ayúdalo —dije a la criada, y ella, bien dispuesta, le pasó rápidamente los correajes del coche. Pero apenas llegó a su lado, el hombre la abrazó y pegó el rostro al de ella. La muchacha gritó y huyó hacia mí. Sus mejillas mostraban las rojas marcas de dos hileras de dientes.

—¡Bestia! —grité enfadado—. ¿Quieres que te azote?

Pero inmediatamente recapacité: era un extraño, que no sabía de dónde venía y que me ayudaba voluntariamente cuando los demás me fallaban. Como si conociera mis pensamientos, no se molestó por mi amenaza y, siempre atareado con los caballos, solo se dirigió una vez hacia mí.

—Subid —me dijo, y en efecto todo estaba preparado.

Me di cuenta de que nunca antes había viajado con un tronco de caballos tan hermoso, y subí al coche con alegría.

—Yo conduciré, tú no conoces el camino —dije.

—Naturalmente —contestó—, yo no voy, me quedo con Rosa.

—¡No! —gritó Rosa, y salió corriendo hacia la casa, presintiendo bien su inevitable destino. Todavía escuché rechinar la cadena y engancharse el cerrojo; también vi que Rosa apagaba todas las luces del vestíbulo y, siempre corriendo, las del resto de las habitaciones, para ocultarse.

—Tú vendrás conmigo —dije al mozo—; si no vienes, desisto de ir, aunque es urgente. No voy a dejarte a la muchacha como precio del viaje.

—¡Arre! —gritó el hombre, y dio una palmada. El coche arrancó bruscamente, arrastrado como un tronco de árbol en un torrente. Todavía oí crujir la puerta

de mi casa, que cayó hecha pedazos atacada a golpes por el mozo. Los ojos y los oídos se me llenaron de un zumbido que penetró en todos los sentidos. Pero eso solo duró un instante: como si justo delante del portal de mi patio estuviese la puerta de la casa de mi paciente. Ya he llegado. Los caballos están quietos, la nieve ha dejado de caer, el claro de luna me rodea. Los padres del enfermo salen deprisa de la casa, seguidos de la hermana. Casi me arrancan del coche, no entiendo nada de sus confusas palabras. En el cuarto del paciente el aire es casi irrespirable; la cocina de leña echa humo, abandonada. Abriré la ventana, pero antes quiero ver al enfermo. Delgado, sin fiebre, ni caliente ni frío; con los ojos inexpresivos, sin camisa, el joven se incorpora bajo el edredón de plumas, se me abraza al cuello y me susurra al oído:

—Doctor, déjeme morir.

Miro en derredor: nadie lo ha oído. Los padres callan, inclinados hacia adelante, esperando mi dictamen. La hermana ha acercado una silla para que coloque el maletín de mano. Lo abro y busco entre mis instrumentos. El joven sigue extendiéndome las manos, para recordarme su súplica. Tomo unas pinzas, las examino a la luz de la vela y las vuelvo a dejar.

Pues sí —pienso blasfemando—, en casos así los dioses ayudan, nos mandan el caballo que nos falta y, como tenemos prisa, nos dan otro. Por añadidura, nos mandan un mozo de cuadra...

Solo ahora recuerdo a Rosa: ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo puedo salvarla? ¿Cómo la arranco de debajo de aquel hombre? A diez millas de distancia, con unos caballos imposibles de manejar enganchados a mi coche, que no sé cómo han desatado las riendas, que no sé cómo han abierto las ventanas desde fuera, que pasan por ellas sus cabezas y contemplan al enfermo, sin inmutarse por los chillidos de los familiares.

Regresaré en seguida —pienso, como si los caballos me estuvieran pidiendo volver, pero dejo que la hermana, que cree que estoy aturdido por el calor, me quite el abrigo de pieles—. Me ofrecen un vaso de ron. El viejo me da palmadas en el hombro. Ofrecerme su tesoro justifica esta familiaridad. Sacudo la cabeza: me enfermaría sentirme dentro del estrecho círculo mental del viejo. Solo por eso me niego a beber. La madre permanece junto al lecho y me indica que me acerque. Mientras un caballo relincha con fuerza hacia el techo, me acerco y apoyo la cabeza sobre el pecho del joven, que tiembla bajo mi barba mojada. Es lo que ya sabía: el joven está sano, quizá está un poco anémico, quizá esté saturado por el café de su preocupada madre, pero está sano. Habría que arrancarlo de la cama de un tirón. Pero yo no soy un arreglamundos y lo dejo en la cama. Solo soy un médico del distrito que hace lo que debe hasta el límite, casi hasta donde es demasiado. Aunque estoy mal pagado, soy generoso y ayudo a los pobres. Ahora debo cuidar de Rosa. Y el joven

tal vez tenga razón y también yo quiero morir. ¿Qué estoy haciendo aquí, en este interminable invierno? Mi caballo ha muerto y no hay nadie en el pueblo que me preste el suyo, tengo que sacar mi tiro de la pocilga y, si casualmente no fueran caballos, tendría que haber usado cerdos. Así están las cosas. Saludo con la cabeza a la familia. Ellos no saben nada de esto, pero si lo supieran, no lo creerían. Es fácil escribir recetas, pero lo difícil es entenderse con la gente. Con esto, he terminado mi visita al enfermo. Una vez más me han molestado sin necesidad. Estoy acostumbrado, todo el distrito me tortura con esa campanilla nocturna. Pero que además esta vez haya tenido que sacrificar a Rosa, esa hermosa muchacha que durante años vivió en mi casa sin que yo reparara en ella, este sacrificio es demasiado grande, y de alguna manera tengo que ayudarme, justificándomelo con sutilezas, para no arremeter contra esta familia que no me podría devolver a Rosa aunque quisiera. Pero mientras cierro el maletín e indico que me traigan el abrigo, con la familia agrupada, el padre que olisquea el vaso de ron en la mano, y la madre, a la que probablemente he decepcionado —¿qué espera la gente?— se muerde llorosa los labios, y la hermana agita un pañuelo manchado de sangre, casi me siento dispuesto a admitir, con ciertas reservas, que el joven tal vez sí está enfermo. Me acerco a él: me sonrío como si le trajera el más fortificante caldo... —¡Ah! Ambos caballos relinchan, con más estrépito, seguramente

para facilitar mi reconocimiento del paciente— y ahora sí veo que el joven está enfermo. En el costado derecho, cerca de la cadera, tiene una herida del tamaño de la palma de la mano, con muchos matices de rosado, oscura en el fondo, más clara en los bordes, suave al tacto, con coágulos irregulares de sangre, abierta como una mina a cielo abierto. Así se ve a cierta distancia. De cerca parece aún peor. Nadie puede mirar algo así sin inmutarse. Los gusanos, largos y gruesos como un meñique, rosados y manchados de sangre, se retuercen en el fondo de la herida, mostrando sus cabecitas blancas y sus numerosas patitas. Pobre muchacho, no se te puede ayudar, he encontrado tu gran herida: esa flor abierta en tu costado te está destrozando. La familia está feliz, me ve trabajar. La hermana se lo dice a la madre, esta al padre, y el padre a algunas visitas que entran de puntillas bañadas por el claro de luna que atraviesa la puerta abierta.

—¿Me salvarás? —murmura entre sollozos el joven, deslumbrado al ver la vida que bulle en su herida.

Así es la gente de por aquí. Siempre piden del médico lo imposible. Han perdido su antigua fe. El párroco se queda en casa y deshilacha una tras otra sus casullas. Pero el médico lo tiene que conseguir todo con sus débiles manos de cirujano. ¡Como os parezca mejor! Yo no me ofrecí, si me usáis para fines sagrados, también lo acepto. ¿Qué más puedo pedir yo, un pobre médico rural despojado de su criada?

Aquí llegan ahora los parientes, y los ancianos del pueblo, y me desvisten. Un coro de escolares, con el maestro al frente, entona ante la casa una sencilla melodía con estas palabras:

*«Desvestidlo para que cure,
y si no cura, matadlo.
No es más que un médico,
no es más que un médico...».*

Ya estoy desvestido y miro tranquilo a la gente, cabizbajo, con los dedos en la barba. Tengo una gran presencia de ánimo, soy superior a todos y sigo siéndolo, aunque no me sirve para nada, porque ahora me agarran por la cabeza y por los pies y me llevan a la cama. Me ponen junto a la herida, hacia la pared. Luego todos salen del cuarto y cierran la puerta. Dejan de cantar. Las nubes ocultan a la luna. Las mantas me arropan con calor, las sombras de las cabezas de los caballos oscilan en los huecos de las ventanas.

—¿Sabes? —escucho una voz al oído—. Tengo muy poca confianza en ti. Si solo has sido arrojado aquí, no te han traído tus propios pies. En vez de ayudar, me robas un trozo de mi lecho de muerte. Me encantaría arrancarte los ojos.

—En verdad —digo— es ignominioso. Pero soy médico. ¿Qué quieres que haga? Créeme, tampoco es nada fácil para mí.

—¿He de darme por satisfecho con esa excusa? No me queda más remedio. Siempre debo darme por satisfecho. Vine al mundo con una hermosa herida. Es lo único que he recibido.

—Joven amigo —digo—, tu error es que no ves las cosas en su conjunto. Yo, que he estado en todos los cuartos de los enfermos de la región, te digo que tu herida no es tan terrible. Dos golpes de hacha, en ángulo agudo. Muchos presentan sus costados y ni siquiera oyen el ruido del hacha en el bosque, y menos aún que se les está acercando.

—¿Es de veras así, o me engañas porque tengo fiebre?

—Realmente es así, llévate mi palabra de honor de médico oficial.

Se la llevó y no volvió a hablar. Había llegado el momento de pensar en mi salvación. Los fieles caballos seguían en su sitio. Recogí rápidamente mis ropas, el abrigo de pieles y el maletín. No quise perder tiempo en vestirme. Si los caballos corrían tanto como al venir, saltaría de aquella cama a la mía. Uno de los caballos se apartó dócilmente de la ventana. Tiré el bulto en el coche, el abrigo cayó demasiado lejos y quedó enganchado por una manga. Era suficiente. Monté el caballo de un salto, con las riendas arrastrándose, los caballos apenas atados entre sí, el coche errante tras ellos y al final el abrigo de pieles sobre la nieve.

—¡Más rápido! —grité.

Pero no íbamos rápido. Avanzábamos despacio por aquel desierto de nieve, como los viejos. Durante mucho tiempo siguió sonando el cantar nuevo pero falso de los escolares:

*«Alegraos, los enfermos,
tenéis al médico en vuestra propia cama».*

A este paso nunca llegaré a casa: mi clientela está perdida, un sucesor me estará robando, pero sin provecho, porque no puede sustituirme. En mi casa causa estragos el repugnante mozo de cuadra. Rosa es su víctima, no quiero ni pensar en ello. Como un hombre viejo, desnudo, expuesto al frío helado de esta época desgraciada, deambulo con un coche terrenal y caballos sobrenaturales. Mi abrigo cuelga detrás del coche, pero no puedo alcanzarlo, y entre la gentuza de los pacientes nadie levantará un dedo. ¡Me han engañado! Cuando se acude a una falsa llamada de la campanilla nocturna, se produce lo irreparable.